La memoria de los mártires

(Extraído y resumido de un artículo de monseñor Fernando Sebastián)

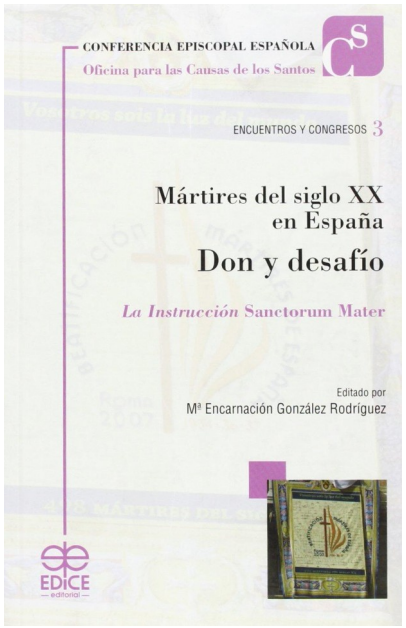
S. Gómez

Los mártires son ejemplo de cristianos y maestros de vida. Todo cristiano es un mártir en potencia. En el corazón cristiano domina el valor absoluto de Dios, la esperanza de la vida eterna que la fe asegura, el amor y la fuerza del Espíritu Santo, la fortaleza ante las dificultades de la vida.

Que la vida cristiana está inmersa en un mundo difícil nos lo recuerda el martirio de los cristianos.

Un cristiano no puede vivir una vida conformista con el mal. *El que no está conmigo, está contra mí, y el que no recoge conmigo, desparrama.* (Mt. 12, 30). El deseo de evitar conflictos no debe ser una norma general. Y conflictos hay, porque la fidelidad a la misión cristiana en algún momento pondrá al cristiano en situación conflictiva, aunque no lo quiera. La radicalidad de la doctrina de Jesús, con el mandamiento del amor como base cristiana, expone a sus seguidores a conflictos con los poderes del mundo cuando estos pretenden organizar la vida a favor de algunos contra los derechos de otros, en especial de los más débiles.

No se trata de buscar el conflicto, ni de centrar la vida cristiana en la denuncia de los pecados ajenos. El centro de la vida cristiana es el amor, el servicio al prójimo, el anuncio de la misericordia divina. Pero al estar inmerso en el mundo donde existe el mal, es probable que surja la marginación, la incomprensión, y hasta la persecución violenta, según advertencia del Señor. Bien es verdad que Él promete su ayuda para asistir a sus seguidores en las dificultades confortándolos con la fuerza espiritual del amor, de la seguridad y de la cercanía.



El protomártir san Esteban es un ejemplo de la situación de la Iglesia en el mundo y de la cercanía divina en la dificultad. *Pero él, lleno del Espíritu Santo, con los ojos fijos en el cielo, vio la gloria de Dios y a Jesús de pie a la derecha de Dios, y dijo: "Veo los cielos abiertos y al hijo del hombre de pie a la derecha de Dios".*

La familia cristiana reunida es la Iglesia asentada sobre el amor, amor que pide anunciar a los hermanos la verdad de Dios. La vida cristiana es como una luz y no es para esconderla debajo de un celemín. No se trata de vivir una vida privada, es luz para brillar en el mundo e influir en la sociedad. El cristiano anuncia la misericordia de un Dios que

acoge a los que sufren, a los pobres, a los que se equivocan, a los pecadores… y manda perdonar a los ofensores.

Toda persona quiere ser feliz y vivir con alegría y en paz. El seguir la doctrina de Cristo logra adquirir la felicidad, pero requiere un cambio de vida, la renuncia a la codicia y a las idolatrías que el mundo ofrece. Y por esto mismo suscita rechazo y violencia por parte del que no quiere renunciar al dominio del mundo. Y, en consecuencia, la vida cristiana, por muy pacífica que se presente, puede encontrarse con una reacción de rechazo y de violencia que obliguen al cristiano a aceptar el martirio como precio de su fidelidad a la fe.

Los incrédulos sienten la necesidad de declararse inocentes y no soportan una concepción de la vida que denuncie sus errores y sus injusticias. Intentan buscar la complicidad de los creyentes tratando de obligarles a reconocer que es posible la justicia en un mundo sin Dios, con lo que consiguen que la vida cristiana quede reducida a una práctica privada sin valor ni reconocimiento social, e incluso explican el sentido de la vida cristiana como una posibilidad más entre otras muchas posibles y que se tienen por más razonables.

Y en esto hay una tentación para el cristiano: la de reconocer "la justicia del mundo". El cristiano podría pactar con el mundo un estatuto de convivencia y connivencia para quedar libre de conflictos y persecuciones. Y el cristiano pactista no se da cuenta de que un mundo sin pecado no es un mundo real, como una Iglesia sin vocación martirial tampoco sería la Iglesia de Cristo. *El martirio es la mejor medicina contra el peligro de la idolatría de este mundo* dijo Tertuliano; igualmente se puede decir que la condición martirial es la mejos medicina contra la tibieza del cristiano.

La isla y el puente de san Bartolomé, de Jean Baptiste Camille Corot. Hacia 1.825.
Isla Tiberina, Roma.

El cristiano ha de renunciar a aquellos planteamientos de vida que impliquen infidelidad, ambigüedad en la fe, tibieza en el amor y falta de identificación con Cristo y su doctrina. Así vivía san Pablo: *En efecto, yo por la ley he muerto a la ley, a fin de vivir para Dios: con Cristo estoy crucificado, y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí.* (Gal 2. 19-20)

Vivir en paz con el mundo y tratar de evitar a toda costa posibles conflictos, además de ser una ilusión no deja de ser una tentación que pone en peligro la integridad de la fe, de la esperanza y del amor cristiano.

Muchos mártires ha habido en España desde los primeros siglos hasta la fecha actual. De su fidelidad y ejemplo heredamos la fe y la esperanza que nos ha de servir para no ceder ante las falsas promesas del mundo. Sin el esplendor de su testimonio no habríamos mantenido la fe cristiana. Es de justicia, pues, mantener su memoria.

Murieron testimoniando su fe. Murieron por la paz y la reconciliación. Murieron perdonando a sus verdugos.

Su ejemplo ha de servir para que el cristiano actual recupere el vigor de un cristianismo sincero anclado en el amor de Dios y vivido como un ejercicio de amor y fraternidad, con valentía, sin odios ni condenaciones, con humildad y misericordia.

Aun se oye el eco de las palabras del papa Benedicto XVI que pronunció en la basílica de san Bartolomé de la isla Tiberina, dedicada a la memoria de todos los mártires: *...innumerables hombres y mujeres, conocidos y desconocidos, que, en el arco del siglo XX derramaron su sangre por el Señor... En esta basílica, donde se conservan las reliquias del apóstol san Bartolomé y donde se veneran los restos mortales de san Adalberto, resuena el elocuente testimonio de todos los que, no sólo durante el siglo XX, sino también desde los inicios de la Iglesia, viviendo el amor, entregaron su vida a Cristo en el martirio.*

Ser mártir por la fe de Cristo es la mayor fuerza de la Iglesia. En la debilidad del mártir se manifiesta la fuerza creadora del amor de Dios.

Bibliografía.

Mártires del siglo XX en España. Don y desafío. Autor: CEE. Oficina para la Causa de los Santos / M.ª Encarnación González Rodríguez. EDICE, Madrid, 2008. Páginas 27-46.

Mártires en la vida de la Iglesia. La vida cristiana como vida martirial. Autor: Fernando Sebastián Aguilar.

Hermano Javier María

(Mariano del Campo y Sagredo Díez)

Noble ciudad de Briviesca que viste
cómo en tu seno nació un gabrielista
hombre que supo vivir optimista,
todo coraje y valor que resiste.

Que la vida cambió de futbolista
y la orientó a pizarras y pupitres,
contando historias y haciendo felices
a los pequeños que así los conquista.

Eras la voz del buen humor, Javier,
que aliviaba las penas de este mundo
como si fuera un nuevo amanecer.

Será de nuestro ser en lo profundo
donde cambie nuestra forma de hacer
Y, como tú, dar un fruto fecundo.